



«LA ANTIGUA», DE ZUMARRAGA

VIAJE A UNO DE LOS ÚLTIMOS RINCONES DE GUIPUZCOA

Por Luis-Pedro PEÑA-SANTIAGO

Metida en lo más cerrado del «goierri» guipuzcoano, dominando una colina al pie del monte Beloki, la iglesia de Santa María de Zumárraga, más conocida por «La Antigua», nos trae todavía toda la autenticidad de lo que fueron los templos de nuestra montaña hasta no hace muchos años.

Primitiva parroquia de Zumárraga, poco a poco se fue quedando olvidada en la ladera, conforme los habitantes de los caseríos fueron descendiendo al valle, junto al río Urola, para ir dando forma a la actual villa que lleva el olmo como símbolo de su escudo. La excusa de lo retirado del lugar, la existencia de lobos, su mal acondicionamiento, y todo ello unido a intereses económicos, sociales y políticos, determinaron el abandono de «La Antigua», y la construcción de una nueva parroquia, mucho más amplia, y al gusto de la época, en el centro del pueblo que ya crecía y crecía frente a Villarreal de Urrechua. Poco tiempo más tarde el viejo templo parroquial quedó reducido a la simple categoría de ermita...

Tal vez, esa historia de olvido y desplazamiento, ha sido la causa principal de que haya llegado hasta nosotros, prácticamente intacta, una de las construcciones religiosas más interesantes de toda esta región.

Templo levantado quizás en el siglo XIII, mezclando en su austeridad distintas tendencias artísticas, y formas muy arcaizantes, encierra casi la totalidad de su valor en su estructura interior, en eso que podríamos llamar arquitectura popular. Su bóveda, enteramente de madera, vigas, pilastras, tornapuntas, coro, todo, es un canto al árbol, a los grandes bosques de robles, hayas y castaños, que cubrían las laderas del macizo de Izaspi. De aquellos bosques por encima de los que, según la leyenda, cruzaba «Mari», el genio femenino de estas montañas, cuando se trasladaba de su morada de Aketegui a la cueva de Larrunari, transformada en una bola de fuego anunciadora del rayo y la tormenta.

La misma construcción de este templo de Santa María está envuelta también en la leyenda. Todavía en la mente



popular vive la creencia, transmitida por tradición oral, de que la iglesia fue levantada con las piedras que arrojaban los «gentiles», seres gigantescos de la mitología vasca, desde la sierra de Aitzgorri hasta este lugar de «Antigua». En realidad, el relato no trata más que dar una justificación a la existencia de piedra arenisca en aquel paraje, piedra con la que se levantaron los muros de la ermita, ya que por las características del terreno la arenisca no aparece en muchos kilómetros a la redonda.

Al visitante que llega de Zumárraga, la iglesuela presenta una sencilla portada románico-gótica, de arcos ligeramente apuntados. Si bien dos ventanucos laterales nos hablan ya de una obra de estilo gótico, un tosco calvario situado en el ábside vuelve a hacernos retroceder en el tiempo y en el estilo. Sin duda, en el templo actual, quedan restos de una iglesia anterior reformada o desaparecida en incendio o ampliación. La primera hipótesis no puede quedar muy descartada si por historiadores como Lope de Isasti, Garibay, y otros, sabemos que numerosas iglesias, al igual que viviendas, de los siglos XIII, XIV e incluso más tarde, estaban construidas enteramente de madera.

«La Antigua» que ha llegado hasta nosotros, toda ella de madera, como antes he dicho, a excepción de muros y parte de las columnas, en su rusticidad, en su auténtica rusticidad, constituye un verdadero monumento, y así se le ha valorado cuando no hace mucho fue declarada MONUMENTO NACIONAL.

Bajo su entramado de madera oscurecida, destaca su gigantesco coro, que se adelanta hacia el altar mayor, al estilo de los coros de las iglesias vasco-francesas. Pero aun dentro de esta peculiaridad, no frecuente de encontrar en las ermitas españolas, llama más la atención por la curiosa talla de las tablillas que cierran el barandado, y que se conservan todavía en otras iglesias tan apartadas como San Miguel de Elejabeitia, San Pedro de Tabira (Durango), Gáceta (Elorrio), y en la ermita de San Martín de Cerain. Estas tablillas, que por sus formas nos recuerdan a veces

siluetas antropomórficas, han sido calificadas por algunos autores como de origen mudéjar.

Es la forma de herradura que domina en el dibujo de estas tablas lo que ha hecho pensar en artistas mudéjares, o al menos influencia de los mismos, pero, además, esas formas, hacen recordar inmediatamente a las «argizaiolak», las maderas de empuñadura que dan luz a los antepadosos en muchas de nuestras iglesias, especialmente en las aldeas y villas de las sierras de Aralar y macizo Ernio-Murumendi.

Sobre la pila bautismal, en algunas de las vigas, se ven claramente talladas varias cabezas de mujer. La tradición popular dice que ellas representan a algunas mujeres que pecaron por robo, y que de esa manera se perpetuó el recuerdo del castigo que recibieron.

En el altar mayor, dominando la nave central, se puede admirar una preciosa talla de «Andra Mari». Esta Virgen, gótica, no es la primitiva, y parece ser que substituyó a otra talla anterior cuyo paradero se perdió para siempre. La escultura de la Virgen y el Niño que hoy se venera estaba hasta no hace muchos años cubierta con unos vestidos de tela. Algunos vecinos de Zumárraga opinaron que debían suprimirse esas ropas, con el fin de que luciera más la talla, y así se hizo. Esta medida no agradó a la serora que cuidaba entonces del templo, y aseguró que de aquel año en adelante, el día de Santa Isabel, fecha en la que se celebra la romería a «Antigua», llovería siempre. No sé si la profecía se cumple todos los años, pero que llueve en muchos de ellos, de eso no me cabe la menor duda.

No hace mucho se han cumplido los seiscientos años de la primera cita escrita de este templo. El documento de referencia es la carta de concesión otorgada por Enrique II de Castilla al señor de Lazcano. Algo más tarde, la reina Isabel I, en el año 1486, ordenaba a Diego Beltrán Yanguas que se «trasladase a dicha iglesia e monasterio de Santa María de Zumárraga e fagais información de cuan-

tos vecinos ay en dicha vecindad e cuantos clérigos son menester para el servicio e monasterio». Luego, sobre todo a partir del año 1576, fecha en la que se comienza a construir la nueva parroquia en las tierras llanas, las noticias son cada vez más frecuentes.

Un punto importante en la existencia de esa antigua parroquia en el lugar en que fue levantada es lo estratégico de su posición. Aunque ahora nos parezca mentira, era, en cierto modo—cerraba, o controlaba el paso de los caminantes que llegaban de los altos de Mandubia, por Kizkitza y Ezkioga, en busca del famoso túnel o cueva de San Adrián—paso forzoso para todos aquellos que desea-

ban encaminarse hacia tierras alavesas y a Castilla. Luego, cuando San Adrián perdió importancia, continuó vigilando la ruta de Arlabán, por el puerto de Descarga. Aún hoy, cuando las rutas han cambiado de forma tan radical, no es difícil ver a algunos gitanos seguir los escondidos caminos de monte, aprendidos de sus padres y los padres de sus padres, en sus periódicos vagabundeos de primavera por los altos valles del «goierri» guipuzcoano.

«La Antigua» sigue guardando su callada belleza, esa belleza extraña y llena de fuerza que hay que ir a buscar en el corazón mismo de esta recortada Guipúzcoa, pero quien llega hasta ella no quedará decepcionado.

